

mas que en engañar á Vd. : la ambicion y la vanidad solas me han hecho aparentar quererla. Palmis, haga Vd. justicia á su amante, es incapaz de querer. Sosiéguese Vd. pues, y estas tan verdaderas protestaciones tranquilicen su corazon. ¿Pero qué cólera tan excesiva se pinta en su rostro de Vd.? ¿qué tiene? ¿por qué capricho no quiere hoy creerme? ¿quiere Vd. que haga juramentos? Nada me cuesta. — ¡Pérfido! exclamó Palmis, y no pudo decir mas en fuerza del llanto que la alogaba : oprimida del dolor se dejó caer sobre un banco. Crisal, siempre puesto de rodillas á sus piés, fingió derramar algunas lágrimas : Ya lo ve Vd., le dijo, finjo que lloro. Bella Palmis, Vd. me cansa, y aunque naturalmente es tan irracional como insípida, nunca me ha parecido Vd. tan fastidiosa como ahora.

Á estas palabras Palmis, desviando á Crisal con indignacion; Apártese Vd., le dijo, me horroriza. — Ciertamente, replicó Crisal, aquí hay algun misterio encubierto, esto no es natural. Ahora bien, prosiguió con mucho desembarazo, expliquémonos : ¿tiene Vd. ganas de quebrar la paja? ¿Quiere Vd. dejarme?... Para eso no es necesario tomar un tono tan trágico. Quedemos amigos á lo ménos; yo lo deseo, porque por su crédito y valimiento puede Vd. aun serme útil. La respuesta de Palmis fué levantarse con impetu, y arrojando una terrible mirada á Crisal, se apartó de él con precipitacion.

Crisal se quedó confuso. Estando pensando en este suceso, oyó un gran ruido de voces : se encaminó hácia el paraje de donde venia, y entró en un espacioso cenador, lo halló lleno de forasteros que acababan de llegar al Palacio. Habia unas treinta personas sentadas en círculo al rededor de Gelanor. Preguntóle Crisal, por qué estaban allí juntos todos aquellos forasteros. Señor, respondió Gelanor, estoy encargado hace diez y nueve años de la administracion de este Palacio; no omito medio alguno para hacer su mansion grata á los huéspedes, y solo exijo de ellos una cosa; esta es, que el dia mismo de su llegada me sigan á este cenador, y respondan á una sola pregunta que hago á cada uno. — ¿Y qué pregunta es? — Deseo saber si se tienen por felices. — Y bien, ¿ha encontrado Vd. muchos contentos con su suerte? — Escribo el nombre de esos en un libro, y aun estoy en la primera hoja. No hay que extrañar, puesto que las virtudes y la razon producen solas la felicidad. — ¿Ha empezado Vd. ya sus preguntas hoy? — Sí, ya he despachado

á mas de la mitad : ¿pero vos, señor, querréis responderme? — Con mucho gusto. He logrado muchos adelantamientos en el mundo y en la corte; he juntado riquezas, he perdido lo ménos á diez mujeres que ántes de conocerme gozaban de una reputacion sin mancha; y con todo no soy feliz : el tedio me consume, de nada sé disfrutar, y deseo lo que no tengo con un ardor que me consume. — Está bien, dijo Gelanor, pasemos ahora á otro.

¿Y tú, grave extranjero, prosiguió Gelanor hablando á un hombrecillo flaco, enjuto de rostro, y lleno de presuncion, qué estado tienes? — Me llaman *Filósofo*, respondió el extranjero con tono imperioso y dogmático. — Y bien, camarada, replicó Gelanor riéndose, ¿serás feliz sin duda? — ¿Yo? no por cierto. — ¿Quién te quita el serlo? — El orgullo. Me habia juntado con otros de mi genio; habíamos formado un proyecto grande y osado; queríamos dominar y mandar á todos los entendimientos, y era nuestro jefe un mágico célebre, que nos dió un talisman sobre el cual estaban grabadas estas palabras : BENEFICENCIA, TOLERANCIA, FILOSOFÍA. Amigos míos, nos dijo el mágico, es tan grande la virtud de estas tres palabras, que para conseguir vuestro intento os bastará repetirlas sin cesar, y estar siempre fielmente sujetos á vuestro jefe. Con este talisman y mi proteccion no necesitáis de talento, ni de instruccion; podéis decir y eseribir todas las extravagancias que os ocurran : tendréis el derecho exclusivo de desatinar, de ser inconsecuentes, de turbar el orden establecido, de trastornar los principios de la moral, de corromper las costumbres, sin que por esto perdáis nada de vuestra reputacion. Si os atacan, no respondáis á ninguna objeccion; guardaos de entrar en disputas con vuestros enemigos. Os permito las injurias y las declamaciones sin sentido; pero razones nunca : repetid siempre la misma sentencia : BENEFICENCIA, TOLERANCIA, FILOSOFÍA, y triunfaréis de todos vuestros contrarios, á lo ménos mientras yo viva. Así habló nuestro hábil encantador : sus promesas tuvieron el debido efecto : ¡pero ah! padecemos la desgracia de perder á aquel jefe tan digno de nuestras lágrimas, y desde su muerte el talisman ha perdido la virtud; nuestro imperio está destruido. Usurpadores destronados, ya no tenemos partidarios, ya no podemos excitar alborotos, y nos va cubriendo el triste velo del desprecio y del olvido... Al pronunciar estas palabras el supuesto filósofo dió un gran suspiro.



A este tiempo Zoram, uno de los cortesanos del Genio, entró en la Sala : Si queréis conocer, dijo Crisal á Gelanor, un hombre feliz, preguntad á este : ¡es tan alegre, tan loco!... todo le divierte, á todo tiene pasion, y todo le encanta : ¿no es así, Zoram? — En efecto, respondió Zoram, ese es mi deseo... — ¿Pues qué, no amas con furor la música, la caza y las pinturas? — La caza me fatiga; la música mas divina es para mí ruido, y nada mas; y la pintura me gusta tan poco como estas dos cosas... pero tengo un tren de caza, músicos, y una galería de cuadros : me arruino para persuadir que me divierto, y que soy feliz. — Ea, ya basta de chanzas, responde con juicio. Ya basta, dijo Gelanor, dejadme ahora preguntar á aquella mujer sentada enfrente de nosotros en medio de sus hijos é hijas. ¿Señora, prosiguió el anciano, Vd. parece madre de familia?... — Ya me ve Vd. rodeada de todos mis hijos. — ¿Y se juzga Vd. feliz? — Hijos míos, dijo la extranjera, esta pregunta se dirige á vosotros, responded á ella. Entónces las dos hijas mayores se arrojan enterrecidas á los brazos de su madre con la expresion de la mas afectuosa gratitud, y todos los hijos exclaman á un tiempo : Sí, sí, es feliz; está contenta de sus hijos, y nosotros la amamos de todo corazon...

¡Bendito sea el cielo, dijo Gelanor, mis ojos han visto hoy una persona contenta con su suerte! ¿Querrá Vd. decirme su nombre? — Me llamo Eudomenia. — Desearia tambien que me dijese Vd. algunas circunstancias acerca de su situacion. ¿Desde cuándo disfruta Vd. de esa felicidad tan pura? — Desde que soy madre. — ¿En qué se ocupa Vd.? — Vivo retirada, dedico á la educacion de mis hijos la mitad del dia, y la otra mitad al estudio, y á mis amigos. — ¿Tiene Vd. muchos amigos? — Tengo pocos, pero verdaderos. — ¿Es Vd. rica? — No lo soy, ni puedo serlo. — ¿Por qué razon? — Aborrezco el fausto, y el dinero no puede proporcionar mas gusto que el darlo. — ¿Tiene Vd. ambicion? — No la tengo ni aun para mis hijos, porque la experiencia y la razon me han hecho conocer que en nada contribuyen los honores y riquezas á nuestra felicidad. Al decir aquella buena madre estas palabras, sacó Gelanor un librito de su faltriquera, y sentó en él el nombre de *Eudomenia*. Crisal y Zoram salieron del cenador, y tomaron el camino del Palacio.

Toda la corte del Genio se juntó en el salon de Palacio. Aristeo,

aquel áulico tan áspero y regañon hablaba con la Reina, que se admiraba de verle con tono ménos duro, modales dulces, y de oírle decir alabanzas. Cuando Zoram y Crisal llegaron al salon, iba la Princesa á tocar el arpa, y la estaba templando; Filamir estaba á su lado, y la triste Palmis apoyada con languidez contra una columna, pensaba en el pérfido Crisal, y guardaba un triste silencio. Crisal, que se estaba paseando, se acerca queriendo hacer un cumplido lisonjero á la Reina; y cuando siguiendo al Genio estuvo bastante cerca de ella para que pudiese oírle, se detuvo, la miró con complacencia, y dijo al Genio : ¡Cómo se conoce que la Reina tiene ya bastante edad!... Nadie dirá que tiene ménos de treinta y ocho años. Altemira, aunque todavia era hermosa, no apreciaba en mucho esta ventaja : se sonrió, y dijo á Crisal : ¿Quieres adularme? — Sí, señora, respondió prontamente Crisal, esa es mi intencion. — ¿Qué te parece mi vestido? — De muy mal gusto, y poco correspondiente á la edad de V. M. Despues de haber dado esta respuesta con tono muy lisonjero y expresivo, Crisal muy satisfecho de sí propio, y de lo que creia haber dicho, se apartó, y volvió á juntarse con Fanor.

Zoram se acerca por otra parte á Palmis, y deseando sacarle de su cavilacion diciendole alguna cosa agradable : ¡Válgame Dios, señorita, le dice, qué encendidos tiene Vd. los ojos, y la nariz qué colorada! No está Vd. nada bonita esta tarde. No aparente Vd. ese aire desdeñoso, ni crea que lo que acabo de decirle es un requiebro; porque le aseguro que es la pura verdad.

Á este tiempo se sentó la Princesa, y empezó á tocar un prelude. Zoram para sostener la reputacion de hombre conocedor y apasionado de la música se llegó con precipitacion á ella, con las mayores muestras de alegría : la Princesa cantó acompañándose, y Zoram llevaba el compas en falso : de tiempo en tiempo aplaudia como arrebatado de gozo. Á la mitad de la aria, de improviso exclamando palmadas : ¡Ah, qué cosa tan mala, y tan fastidiosa! ¡qué cosa tan cansada! Algo turbada Zeólida se detuvo. Me alegre mucho, dijo Zoram, que V. A. crea que me encanta su voz; por eso he prorumpido en esta fuerte exclamacion. Estas razones causaron una sorpresa indecible á los demas cortesanos : todos creyeron que el pobre Zoram habia perdido la chabeta; y Crisal, que era su mayor amigo, manifestó tristeza y compasion. Pobre Zoram, dijo, este suceso me da mucho gusto; me aprovecharé de él, y esta noche



pediré su empleo á Fanor. Entónces se llega á Zoram, le arrastra fuera de la sala, y desaparece con él.

Entónces preguntó Zeólida á Filamir si pensaba como Zoram, y si le habia parecido fastidiosa la aria que acababa de cantar. No por cierto, respondió Filamir, no la he oido, estaba distraido. La Princesa se puso colorada de despecho; y tomando Aristeo la palabra, Pues yo, dijo, no he perdido ni una nota: la aria es excelente, la voz de V. A. es tan divina... — ¿Qué es eso, Aristeo, interrumpió el Genio, te vas haciendo lisonjero? No es mi intencion, respondió Aristeo; no soy tan severo y frio como aparento; pero tengo mal humor, y deseo hacerme singular: paso mi vida riñendo, y criticando tan solo por espíritu de contradiccion; ademas, me he impuesto la ley de no alabar nunca á las claras, y de adular indirectamente, y esto solo en las ocasiones importantes... — ¡Ah! ya te entiendo... Dime, ¿me has adulado algunas veces? — Me estimáis porque creéis que no os adulo, y me amáis porque lo hago. Pensáis buenamente que un hombre con mal modo y grosería, no puede ser adulador; desconfiáis de los demas cortesanos, y conmigo creéis estar seguro. ¡Pero la lisonja sabe disfrazarse de tantos modos! No hay mas que un medio de librarse de ella, y es el de ser insensible á sus tiros: vos, señor, la amáis, y yo la empleo con vos: naturalmente la aborrezco; si la despreciáseis nunca hubiera incurrido en semejante bajeza; pero solo de este modo me era posible alcanzar vuestra privanza. Si alguna vez os engaño es porque me obligáis á ello, y os engaño porque me habéis corrompido. Conozco que me envilezco con este proceder, lo lloro; este conocimiento me irrita contra vos, y os sirvo sin amaros... — ¡Insolente, exclamó el Genio brotando llamas de furor por los ojos; véte, y jamas vuelvas á ponerme en mi presencia!...

Al oir estas terribles palabras la Princesa atemorizada se levantó, y seguida de Palmis salió precipitadamente, y bajó á los jardines. ¡Ah, dijo, ya empiezo á conocer lo funesto que es este Palacio! ¡Mira ya perdido para siempre á ese infeliz Aristeo que ha hecho tan grandes servicios al Estado!... ¿Y yo misma tengo motivo de estar satisfecha de Filamir?... ¿Cómo me ha respondido!... ¡solo por él cantaba, y no me escuchaba!... ¿En qué pensaria? ¡Ah, si me hubiese atrevido á preguntárselo!... ¿Palmis, sientes mis penas? — No hallo que tenga V. A. bastante motivo para afligirse, respondió

Palmis con frialdad. — Pues qué, esa indiferencia, ese cruel desden de Filamir... — V. A. se aflige por nada, y con una ridícula sensibilidad. — ¡Palmis, qué expresion tan extraña!... — No puedo escoger otra mas suave... perdonadme, señora. — ¡No sientes mis pesares, ya lo veo, ya no me amas! ¡Ah, sin duda es imposible en mi clase ser amada por sí misma! ¡qué desgraciada soy!... No pudo al pronunciar estas palabras la Princesa reprimir su llanto. No sea injusta V. A., replicó Palmis, ni calumnie de ese modo á la humana naturaleza. El Príncipe que quiera saber si los respetos que le tributan son sinceros, y si es verdaderamente amado, éntre en su interior, y júzguese á sí mismo... Si desprecia la adulacion, y si es capaz de querer, puede estar seguro de que tiene amigos tiernos y fieles... — Pues bien, Palmis, yo aborrezco la lisonja, y te amo... — Y yo, señora, no tengo amiga mas querida que V. A.

La respuesta de Zeólida fué abrazar llena de gozo á Palmis. Estad, pues, cierta en adelante, prosiguió esta, que vuestra clase en nada puede perjudicar á los sentimientos que inspiran vuestras amables prendas. En nuestras conversaciones particulares, nuestra amistad y vuestra confianza, forman entre nosotras una igualdad perfecta: sois amable y sensible, yo me veo colmada de vuestros beneficios; la inclinacion y la gratitud son dos vínculos sagrados que me unen á vos para siempre. — ¡Oh querida amiga mia, exclamó Zeólida, cuán feliz me haces! — Ya no podéis dudar de mi amor, replicó Palmis, no obstante temo todavía este Palacio: considere V. A. que la amistad no puede subsistir sin la condescendencia, y sin aquel fino miramiento que sale del corazon. Zeólida aseguró á Palmis que nada podria en adelante alterar el cariño que la tenia.

En tanto que las dos amigas estaban hablando, no se habia olvidado Filamir de que la coqueta Azema le habia citado. Le pareció tan curioso y divertido el poder leer en el corazon de una mujer de su genio, que no pudo resistir á la tentacion: Estoy seguro, se decia, de que Azema no podrá vencerme; Zeólida no lo sabrá, y así no podrá hacerme preguntas: esta última reflexion le determinó, y al punto se encaminó al sitio convenido. Halló á Azema echada sobre un banco de céspedes; estaba puesta de modo que tenia descubierto un pié muy primoroso, y la mitad de una pierna hecha á torno. Tenia los ojos bajos, y aparentaba estar muy pensativa, sin manifestar que veia al Príncipe acercarse á ella poco á poco.



Luego que Filamir estuvo cerca, dió Azema un grito, y se levantó prontamente. ¿Pues qué, dijo el Príncipe, la espanto á Vd.? Finjo sorpresa y encogimiento, dijo Azema, pero hace una hora que le estaba á Vd. esperando del modo que me ha visto : espero, añadió, bajando los ojos con mucho rubor, que ya habrá Vd. reparado en mi pié, y en mi pierna. Filamir se sonrió, asegurando que nunca habia visto cosa mas perfecta. Azema se tapó la cara con su abanico. ¿Qué hace Vd. pues? le preguntó el Príncipe. — Es para hacer creer que me avergüenzo. — ¿Yo quisiera saber qué especie de sentimiento le inspiro á Vd.?... — Me gusta Vd. mucho, y tengo un gran deseo de que se enamore de mí. — Si no estuviese ocupado de una pasion tan verdadera... — ¿Y bien? — Y bien... esta ocasion sería harto peligrosa para mí... — ¡Peligrosa, qué gracia! — Creo que lo es mucho el amar á Vd.; tengo el corazon muy sensible... — Y yo la imaginacion muy viva; estas dos cosas se convienen grandemente. Estoy cierta de que conseguiré enamorar á Vd. Ahora es menester que sin afectacion, y con pretexto del calor me quite los guantes para que vea Vd. mis manos... — ¡Qué hermosas son! dijo Filamir tomándole una. — Voy, prosiguió Azema, á hacerle á Vd. creer que esta llaneza me ha ofendido; voy á enojarme.

En efecto, Azema retiró su mano con seriedad, y le volvió la espalda. ¿Durará mucho ese enojo? le preguntó el Príncipe. — Lo bastante, respondió ella, para darle á Vd. tiempo de que vea mi pelo y mi talle. — ¡Qué hermosas trenzas! exclamó el Príncipe burlándose de las astucias de Azema. No obstante, no podia dejar de conocer que tenia un hermoso pelo, un talle airoso, y un rostro muy agraciado.

Al cabo de un instante de silencio Azema prosiguió diciendo : Si tuviese Vd. alma se aprovecharia de este instante, y se echaria á mis piés; entónces yo me enterneceria... No pudo resistir Filamir á la suma curiosidad que tenia de saber cómo fingiria enternecerse, y así se arrojó á sus piés. Eso queria yo, exclamó ella. — Hermosa Azema, prosiguió Filamir, dígame Vd. lo que pasa ahora en su alma. — Estoy encantada, respondió Azema, he visto á Zeólida, y la aborrezco... ¡cuál será su despecho cuando sepa que la he robado su amante! Presto lo sabrá, porque yo misma iré á decírselo. ¡Qué grato me será el verla desesperada!... Es tan bella, y todos hablan aquí de su bondad y virtudes; pero yo la calumiaré, y si puedo denigraré

su reputacion... Al pronunciar Azema estas palabras, extrañó la indignacion que se pintaba en el rostro de Filamir. ¿Pues qué, Príncipe, le dijo, me cree Vd. falsa? ¿halla Vd. exageracion en los sentimientos heroicos que procuro manifestarle? ¡Ah, exclamó Filamir levantándose, pluguiese al cielo que todos los monstruos que se te parecen se viesen precisadas á hablar con igual sinceridad, para que no inspirasen mas que el desprecio y el horror que tú mereces!

Diciendo esto Filamir se apartó de ella prontamente. ¡Á qué excesos, se decia el Príncipe, puede arrastrar la curiosidad á un hombre de mi edad! Por querer ver las tretas de esta mujer me he visto á sus piés; la despreciaba, no me engañaba, pero me divertia, y me parecia hermosa; si no me hubiese manifestado un alma tan negra y vil, quizás hubiera olvidado por un instante á Zeólida.

Con estas reflexiones volvia el Príncipe tristemente al Palacio, cuando Gelanor, acercándose á él : Venid, señor, le dijo, venid prontamente á excusar, si es posible, que Crisal y Zoram se maten. — ¿Cómo es eso? — Habrá dos horas que al pasar por los jardines se acusaban mutuamente de locura; han encontrado á un viajero que les ha informado de la virtud del Palacio; espantados entónces de lo que habian podido decir al Genio y á la Reina, han ido á encerrarse juntos para concertar lo que habian de hacer. Esta conversacion les ha hecho conocer que su amistad no era mas que en la apariencia : se han hecho preguntas, y se han visto en la dura precision de confesarse mutuamente los malos oficios que se han hecho el uno al otro : en fin, han tomado la resolucion de reñir. Están aquí cerca. Llevadme allá, dijo el Príncipe, que yo procuraré que hagan las paces... ¡Ah señor, interrumpió el filósofo, no sabéis bien cuán dificultoso es reconciliar dos enemigos en este Palacio!

Llegó el Príncipe á ellos al tiempo que desenvainaban las espadas. Se arrojó entre los dos, y ellos le declararon que no tenian ningun deseo de reñir, y que se alegrarian mucho si podia componerlos. Pues bien, dijo el Príncipe, olvidese lo pasado, y daos un abrazo. Entónces Crisal se acercó con semblante alegre á Zoram, que le recibió con los brazos abiertos : Zoram habló el primero, y dijo sonriéndose : Te juro un odio eterno. — Y yo tambien, respondió Crisal. — ¡Qué decís, exclamó Filamir! — Señor, dijo Zoram, ya habéis oido á este pérfido, y eso que yo iba á él con la misma intencion... — En nombre de Dios, interrumpió Filamir, callad, y sosegaos. — Señor,



replicó Crisal, si me fuese posible disimular, procuraria engañar á ese traidor; pero nos vemos precisados á decirnos lo que pensamos, no podemos ocultarnos nuestro encono recíproco: veo que es inútil luchar contra la invencible virtud de este Palacio, puesto que me veo precisado á decir la verdad, yo que he poseído en tan alto grado el profundo arte del disimulo. ¡En un día pierdo todo el fruto de un estudio de diez años!... — Tú, Crisal, dijo el Príncipe, es el agresor; procura decir á Zoram una sola palabra de satisfacción, que yo espero tendrá la bondad de contentarse con esto. — No me es posible, dijo Crisal; si le hablo añadiré mas ultrajes á los que ya ha recibido de mí. — Vamos, vamos, gritó Zoram, es preciso reñir, el honor lo manda: Príncipe, sed juez de nuestro duelo; espero que á la primera herida, por leve que sea, nos separaréis. Al punto sacan los dos enemigos las espadas, y empieza el combate. Al cabo de algunos minutos recibió Crisal una pequeña herida en la mano. Ya basta, dijo el Príncipe, acábase el duelo. Eso quiero yo, dijo Crisal, pero si os parece que no basta lo hecho, estoy pronto á proseguir: estimo en mucho la vida, pero mi honor es ántes que todo. — De ese mismo modo pienso yo, dijo Zoram. — Digo que sobra lo hecho, interrumpió Filamir; ya vuestro honor queda bien puesto; ea, separaos. En efecto, cada uno se fué por su lado, y el Príncipe volvió á Palacio.

Acababa de haber un lance pesado entre el Genio y la Reina: esta, á pesar de sus promesas, no habia podido dejar de hacer algunas preguntas á Fanor; sus respuestas le habian causado tanta sorpresa como indignacion, y los dos consortes separados, y casi reñidos, ni se miraban ni se hablaban. Por otra parte Filamir advirtió en Zeólida tanta tristeza y frialdad, que temió no tuviese ya noticia del lance de Azema. La cena fué sumamente triste: Aristeo no se atrevia á presentarse, y Zoram y Crisal no manifestaban ningun deseo de hacer su corte. Palmis, siempre abatida del dolor, callaba tristemente: la Reina y el Genio estaban sumergidos en una profunda cavilacion, y Filamir temeroso, hablaba temblando con Zeólida, que apenas se dignaba responderle.

Á la mañana siguiente Filamir, despues de haber pasado la noche reflexionando en su situacion, se determinó en fin á explicarse con Zeólida: fué á buscarla, y luego que estuvo solo con ella y Palmis, se arrojó á sus piés diciendo: ¡Oh Zeólida! concededme el

perdon que pido; veo que ya estáis enterada, y así voy á confesaros todo... — ¡Enterada! interrumpió Zeólida, ¿y de qué? — De mi cita con Azema... — La ignoro enteramente; pero quiero saberla muy por extenso. Al oír esto le pesó mucho á Filamir de haber sido tan fácil; pero le fué preciso satisfacer la zelosa curiosidad de la Princesa: tuvo que decirle que Azema le hubiera seducido si no hubiese mostrado tanta vileza y perversidad. ¿Con que si no hubiéseis estado en este Palacio, dijo Zeólida; si esa mujer hubiese podido ocultaros la atrocidad de su alma, y si hubiera aparentado costumbres ménos corrompidas, me hubiérais sido infiel?... — Ah Zeólida, olvidad un error de un instante: siento el arrepentimiento mas sincero. Os amo, y solo á vos puedo amar. — Y yo, interrumpió Zeólida con enojo, os desprecio, sois indigno de mi amor, y os renuncio para siempre. Al decir esto se arroja al otro extremo del cuarto, y se encierra en su gabinete; Palmis fué á consolarla.

Entónces dió rienda á su llanto, repitiendo mil veces que Filamir era un ingrato, un monstruo, y que no volveria á verle en su vida. Á todo esto Palmis callaba, pero obligada á contestar á la Princesa, dijo: ¿Qué queréis que os diga, señora? Si no estuviésemos aquí daria á entender que pensaba como vos; de este modo os prepararia á escuchar mis consejos, y poco á poco os aplacaria, y haria entender la razon. — ¡Cómo la razon! dijo la Princesa; ¿con que no la tengo? — No, señora... — Ahora comprendo que no sabes querer con finura. — Sé querer, pero tengo mas experiencia que vos... — Ese modo de pensar disminuye mucho la estimacion que te tenia... — Os irrito y exaspero; bien lo habia yo previsto. La pasion os domina, y no puedo valerme de los medios suaves que vuestra situacion exige... — Te ruego que procures hacerme ver que Filamir merece disculpa... — No podré conseguirlo por ahora: permitidme que calle... — No, no, quiero que me digas todo lo que piensas... — Diré, pues, que no tenéis el menor fundamento para tanta indignacion. Filamir tiene veinte años: una curiosidad muy excusable, y no la intencion de seros infiel le ha hecho ir á la cita. La coqueta es hermosa y amable, ha podido Filamir olvidarse un instante; ha hecho mal, pero lo conoce, lo siente, y está arrepentido: esta culpa es la primera que se le puede echar en cara desde que os ama: ahora ya conoce lo que son las coquetas, y las desprecia de todo corazon: os tiene un amor verdadero, y merece el perdon de su



yerro. — Jamas lo alcanzará. — ¿Y tendréis la locura de exigir de vuestro amante una fidelidad escrupulosa y perfecta? — Sí, tengo *esa locura*. El amor no puede subsistir sin una correspondencia perfecta. — Es cierto, y por lo mismo dura el amor tan poco. Es imposible que un hombre sea tan fino en su amor como una mujer modesta y sensible; sin la indulgencia, y un poco de credulidad, en breve se pierde al amante mas tierno. — Eso es decir que te parezco ridícula é impertinente. — Pero mucho. — ¿No me tienes lástima? — Siento mucho el veros afligida; pero cuando comparo mi situacion con la vuestra, no me es posible teneros lástima... — La que quiere á un calavera, bien merece la desgracia que tú padeces... — Y la que quiere á un amante de veinte años, debe padecer penas mas verdaderas que las que os hacen llorar... — ¡Qué reflexion tan injuriosa y dura! — Vos habéis empezado... — No lo dije con intencion de ofenderte, y dije solo lo que pensaba... — Me habéis herido cruelmente... nunca lo olvidaré... — Ni yo dejaré de acordarme de la insensibilidad que me has mostrado... — Ni tenéis juicio, ni razon en lo que decís... — Ea basta, interrumpió Zeólida con despecho, déjame; yo esperaba de tí consuelos; y solo has servido de acrecentar mis penas; déjame ya. Levantóse Palmis con impaciencia, y salió al punto del gabinete sin contestarle. ¡En fin, exclamó la Princesa anegada en llanto, Filamir me hace traicion, y Palmis ya no me ama!... todo lo pierdo á un tiempo... ¿Pero qué digo? Me queda mi madre, vamos á verla. Entónces Zeólida enjuga sus lágrimas, y se encamina al cuarto de su madre.

Era Altemira la mejor y mas tierna de las madres; Zeólida le manifestó su pecho, y la Reina sintió sus penas, y tomó parte en su resentimiento. ¡Qué culpado le parecia sobre todo Filamir que habia podido olvidar un solo instante á Zeólida!... Así son todos los hombres, decia á su hija... ¡Ah, si supieses todo lo que le he hecho decir á tu padre!... Pero Filamir es mil veces mas inexcusable á mis ojos... ¡Oh hija mia! la mayor injuria que pueden hacerme es afligirte... tus penas son las únicas que me es imposible tolerar con valor, ellas y tus lágrimas despedazan mi corazon... — ¡Oh amada madre mia! Encuentro en Vd. todo el cariño que me manifestaba ántes de venir á este Palacio. Vd. es la única que no se ha mudado para mí... — Sí, querida Zeólida; ninguna ilusion puede mezclarse con los sentimientos de la naturaleza : una buena madre no puede

ni exagerar su cariño, ni pintarle mas vivo y verdadero de lo que es en realidad. Penetrada Zeólida de agradecimiento al oír estas dulces expresiones, se arrojó en los brazos de su madre : las lágrimas corrieron sobre su pecho, y sus penas se mitigaron.

Muchos dias pasaron madre é hija encerradas solas en su cuarto; consintieron por fin en ver al sabio y prudente Gelanor. El filósofo consiguió disponerlas á la indulgencia. La Reina volvió á ver á Fanor, y Zeólida fué en persona á buscar á Palmis : las dos amigas se abrazaron tiernamente. No obstante no pudo una explicacion hecha en el Palacio de la Verdad disipar todas las nubes que habian oscurecido su amistad. Gelanor condujo á Filamir á los piés de la Princesa : bien hubiera querido esta poder asegurarle que olvidaba lo pasado; pero se vió obligada á decirle que le amaba algo ménos, y que conservaba algun resentimiento y desconfianza. Afligióse el Príncipe, y no pudo ocultar su disgusto, y sin las reconvencciones y consejos de Gelanor, los dos amantes hubieran reñido otra vez. No sucedió esta desgracia, pero no hubo medio de que reinase entre ellos una perfecta confianza.

Habiendo el Genio examinado muy por menor á Aristeo, conoció, que si no era enteramente virtuoso, tenia á lo ménos prendas muy estimables, hombría de bien y verdaderos sentimientos patrióticos : conoció en Crisal un cortesano lisonjero y ambicioso, pero vasallo fiel, y vió que Zoram tenia mas ridiculeces que vicios. Creedme, señor, le dijo Gelanor, tratad á estos tres áulicos con indulgencia, y no os confiéis de ellos ciegamente : haced que crean en adelante que el único medio de alcanzar vuestra confianza es el de manifestar rectitud y virtudes; con esto los mudaréis en otros hombres. Cuando los Soberanos han pasado la primera edad, son hasta el fin de su reinado los verdaderos maestros de sus cortesanos : los Reyes son los que pervierten ó hacen virtuosos á sus vasallos.

En todo siguió Fanor los consejos del prudente anciano : volvió á su gracia á los tres que estaban retirados en un rincon del Palacio, mas no por eso fué el trato mas libre y agradable; al contrario, nadie se atrevia á desplegar los labios por no decir alguna desvergüenza; el que se veia precisado á romper aquel silencio violento, lo hacia temblando, y no se decia cosa que no pareciese, ó mala ó inoportuna. Todos maldecian, y abominaban del Palacio, no hallando en él mas diversion que la de hablar con los recién llegados.



Una tarde Filamir, mas descontento de Zeólida, y mas triste que de costumbre, fué á buscar á Gelanor para contarle su nueva pena. Nunca habia estado el Príncipe en el cuarto del anciano : hizo que se lo enseñasen ; luego que llegó á la puerta la abre, entra, y ve á una hermosísima dama vestida de luto, y que sentada al lado del viejo con un libro en la mano leia en alta voz. Gelanor al ver al Príncipe manifestó alguna turbacion. Sorprendido Filamir se acerca á la hermosa dama, y le pregunta si ha llegado al Palacio aquel mismo dia ó el anterior. Señor, respondió la incógnita, estoy en él hace ya seis semanas... — ¡Seis semanas, y no he oido hablar de vos! sin duda habréis estado oculta, pues no podéis vivir ignorada á ménos que no os escondáis. — Mi situacion me obliga á huir de las gentes, y mi inclinacion me hace buscar la soledad. A nadie veo mas que á Gelanor : le escucho, me instruyo, y no apetezco otras diversiones... — Basta, Mirza, interrumpió el filósofo con aspereza, el Príncipe tiene que hablarme... — No, no tengo priesa, dijo el Príncipe. — Pues yo, respondió el astuto anciano, me alegraré saber al instante lo que queréis. Mirza, véte, y déjanos solos. Entónces la amable Mirza deja el libro sobre la mesa, hace una gran cortesía, y se retira. ¡Qué hermosa es! exclamó el Príncipe, ¡qué modestia! ¡qué gracia!... ¿Mas por qué está de luto? — Porque es viuda... — ¿Há mucho que enviudó? — Un mes hace. Su marido llegó aquí muy malo, y murió á los quince dias... — Apostaria yo á que es tan discreta como hermosa... ¿qué, no me respondéis? — ¿Y á qué vienen esas preguntas? — Curiosidad, nada mas... — Motivo tenéis, señor, de temer la curiosidad, harto propia de vuestra edad : acordaos hasta dónde puede llevarnos... — Esta es muy inocente... decidme : ¿tiene talento Mirza? — Muchísimo... — ¿Con que tiene todas las perfecciones? — Pero, señor, ¿habéis venido á hablarme de Mirza? — Lo que tengo que deciros no es gran cosa... Siempre lo mismo ; estoy muy descontento... Zeólida no es conocida ; es insufrible, y su mal humor... un nada la altera y la irrita... Siempre quejas y reconvenciones... estoy aburrido... ¡Qué mirar tiene Mirza tan dulce y expresivo!... ¿Es de genio alegre? — Señor, señor : qué os importa? Hablemos de la Princesa. Desde que estoy aquí no he leído en una alma mas noble, mas pura y sensible que la suya... — Me alegrara saber si ha querido á su marido... — ¡Cómo! De quién habláis? — De Mirza. — En verdad, señor, que no sois

digno de poseer el corazon de la mas amable Princesa del universo... ¡qué diferencia tan grande entre vuestro amor, y el que os tiene Zeólida! En la multitud que hay aquí, se hallan muchos jóvenes muy amables, pero Zeólida no tiene ojos sino para vos. Ella sola cautiva la voluntad de todos. Conozco tres Príncipes que mueren de amor por ella : Zeólida es la única que lo ignora, ó á lo ménos nunca piensa en eso... — Tambien la quiero yo sin medida ; y como estoy cierto de que tendria celos si yo volviese á ver á Mirza, os prometo no volver á este cuarto. Gelanor alabó mucho esta resolucion, y el Príncipe la cumplió exactamente.

Desde allí fué Filamir á ver á Palmis, con quien habia tomado mucha amistad. Palmis no pensaba con tanta finura como Zeólida, por consiguiente no era posible que siempre aprobase á la Princesa, y obligada á decir lo que pensaba cuando Filamir se quejaba de su amiga, no podia ménos de convenir, mal de su grado, en que la Princesa era extremada en su amor, y en sus enfados.

Estando, pues, Palmis y el Príncipe en conversacion, entró de improviso Zeólida, y los dos se turban. Parece que mi venida os incomoda, les dijo ella. — Sí, señora, respondió Palmis... — ¿De qué estábais hablando? — Pero... — Responde; te lo mando... — Hablábamos de vos : el Príncipe se quejaba de vuestro mal genio... — ¿Y tú que le decias? — Que tenia razon, y que os vais haciendo inaguantable... — ¡Con que así, le irritas mas contra mí! Aun cuando yo fuese caprichosa é injusta, ¿es mi amiga quien debe decirlo? y mas con quien lo hace... — Olvidáis, señora, que estamos en el Palacio de la Verdad. Si yo pudiese ocultar lo que pienso, pondria todos mis conatos en persuadir al Príncipe, que cuando os enfadáis siempre tiene él la culpa.

No tuvo que responder á esto Zeólida : se enfadó, y no habló palabra. Filamir y Palmis no se atrevian á decirle nada ; en fin, dando la Princesa un suspiro : ¡En verdad, dijo, que sois una compañía agradable!... ¿En qué pensáis, Filamir?... — En Mirza... — ¡Mirza!... ¿Quién es Mirza?... — Una viuda jóven y hermosa, que he visto hoy por casualidad en el cuarto de Gelanor. — Os habréis enamorado de ella ; ya lo veo. — Solo de vos lo estoy, Zeólida. — Pero volveréis á ver á esa Mirza tan hermosa... — No por cierto ; os sacrifico el gusto que tendria en hablar con ella... — ¿Pues qué, juzgáis que tengo celos? — Es verdad... — ¡Ah! no puedo asegu-